

Ser pastor hoy*

**Monseñor Álvaro Ramazzini,
Obispo de San Marcos,
Guatemala**

Muchas gracias por la presentación que ha hecho el padre Juan. Es cierto que siempre he mantenido una relación de amistad y fraternidad con estos hermanos jesuitas, especialmente cuando trabajaban en la Ciudad de Guatemala y vivían en la zona 5. Tuvimos muchas ocasiones para reflexionar sobre la situación del país antes de que aumentara el nivel de violencia y de represión, que causó tantas víctimas y ocasionó el éxodo de cientos de miles de guatemaltecos hacia la zona de Chiapas en San Cristóbal de las Casas y hacia la zona de Campeche. Otros se quedaron en la selva del Ixcán, y formaron lo que se llamaron “comunidades de población en resistencia”.

El padre Juan ha recordado el encuentro que tuve con el padre Ricardo Falla, y en la memoria y el corazón se me han agolpado sentimientos y recuerdos. Cabalmente, el día de ayer hizo ocho días que el párroco de unas comunidades, llamadas Cuarto Pueblo y Pueblo Nuevo, en el Ixcán, me invitó a celebrar los veintiocho años de la masacre de Cuarto Pueblo. Fueron asesinadas 480 personas. Formaban parte de las cooperativas del Ixcán, un proyecto muy interesante y muy útil. Desgraciadamente, fue aplastado por la represión. Y también lo dificultó la muerte del padre Guillermo Woods, padre de Maryknoll. Se dijo que murió cuando la avioneta en que viajaba cayó a tierra por fallas mecánicas, pero la investigación apunta a que no fue esa la causa, sino que fue un atentado.

Vivían totalmente escondidos en la selva. Y estando con ellos, cuando ya salieron a la luz después de muchos años, uno va descubriendo cómo hay

* Ponencia pronunciada en la capilla de la UCA. En su introducción, monseñor Ramazzini mencionó al “padre Juan”, refiriéndose al padre Juan Hernández Pico, S.J., profesor de teología de la UCA. Y al padre Ricardo Falla, S.J., quien trabaja en la Plataforma Indígena en Santa María Chiquimula.

una capacidad de resistencia, una capacidad de lucha, en estas comunidades indígenas, que pertenecen a varias etnias de los pueblos indígenas de Guatemala. Y también se va descubriendo la capacidad y la energía de parte de personas no indígenas a los que nosotros en Guatemala llamamos “ladinos”.

Todas estas cosas me vienen ahora al corazón. En una de esas visitas que hice a las comunidades de población en resistencia, uno de los catequistas se me acercó para decirme: “Hay una persona que le quiere hablar, pero no le puedo decir quién es”. Me quedé un poco intrigado, porque vivíamos en una situación de mucho secreto, aunque el Ejército de Guatemala y el Gobierno ya sabían que la Conferencia Episcopal estaba involucrada en lograr que los hermanos y hermanas de las comunidades de población en resistencia fueran declarados civiles, no combatientes. Sabíamos que algunos eran combatientes, pero nos preocupaba la situación de las mujeres y de los niños. Por eso decidimos involucrarnos en el asunto.

Ya he dicho que quedé intrigado por lo que me dijo el catequista. Me llevó a un lugar apartado y me encontré con el padre Falla. Tenía muchos años de no verlo, y realmente me impresionó. Había tomado la opción de acompañar a estas comunidades de población en resistencia, compartiendo su vida y su destino. Allí estaba Falla con su nailon, su media champa para poder pasar la noche —porque la zona es muy lluviosa en tiempo de invierno— y para estar listos para salir, porque en el momento en que se acercaba el Ejército había que escapar. La represión era muy fuerte. Por eso siempre que he tenido oportunidad de decirlo —y ahora la tengo—, digo: me quito el sombrero delante de Ricardo por ese gesto de haber vivido siete años en esas situaciones, allá en las selvas del Ixcán.

1. Me han pedido que comparta con ustedes algunas reflexiones sobre *qué quiere decir en estos tiempos “ser buen pastor”*. La primera idea que me viene a la mente es el texto del Evangelio, cuando alguien se le acerca a Jesús y le dice: “Maestro bueno, ¿qué debo hacer yo para alcanzar la vida eterna?”. Jesús le responde: “¿Por qué me llamas bueno? Solamente Dios es bueno”. Y pienso también que, para entender la respuesta, el presupuesto es que estamos en un proceso de acercarnos —y quisiéramos acercarnos lo más posible— a ese ideal de perfección de Jesús. Él es el máximo ejemplo del buen pastor, y también a lo largo de la historia de la Iglesia hay ejemplos de buenos pastores. En este espíritu estamos recordando a alguien que se asemejó muchísimo al buen pastor: monseñor Óscar Romero.

Hay que partir, pues, de que vivimos en un proceso de continua conversión y revisión de nuestras actitudes, nuestras acciones e, indudablemente, también de nuestras opciones. No son opciones que se hacen de una vez para siempre. ¡No! Son opciones que se renuevan, que se van profundizando día tras día. Pongo como modelo a aquel que es verdaderamente el buen pastor por excelencia, Jesucristo el Señor. Como dice el mensaje que don Pedro Casaldáliga ha enviado

para este aniversario, él es el Testigo, con mayúscula. Y lo que uno trata de hacer es seguir su ejemplo y su estilo de vida, con todas las limitaciones que tenemos, puesto que llevamos un gran tesoro en vasijas de barro, como muy bien lo dice el Apóstol.

Voy a compartir ahora con ustedes algunas reflexiones sobre este proceso dinámico, constante, permanente. Y sobre las opciones fundamentales que, en la medida en que se van profundizando, cobran mayor coherencia y van expresando realmente compromisos que solo terminarán a la hora de la muerte. Algunos, con la gracia del martirio, como los mártires jesuitas, monseñor Romero, otros obispos y laicos, catequistas, mujeres y religiosas, aquí, en Guatemala y en distintas partes del mundo. Tuvieron el privilegio de asemejarse lo más posible a Jesús, pues murieron violentamente como murió el Señor. Otros vivirán, o viviremos, la vida, y cuando llegue el momento de dar cuentas al Señor allí estaremos. Nadie sabe cómo será el final de la vida de cada uno, pero vamos haciendo el camino.

2. Para comenzar la reflexión sobre *qué quiere decir ser un buen pastor* tenemos que hacernos antes *una doble pregunta*. La primera es *¿qué clase de persona soy yo?* Es la dimensión humana y personal, la existencia, la historia, la familia, la educación, la formación que hemos recibido. Es un tema trillado, pero sigue siendo fundamental, y ahora es muy importante, dada la situación en que vivimos: infidelidades, defecciones, incoherencias y otros problemas mucho más serios. Es la pregunta que tiene que ver con la madurez humana de aquel que quiere ser pastor. En el caso de las religiosas o de institutos seculares, de personas que quieren seguir a Jesús con la radicalidad del Evangelio. En el caso de los hermanos laicos y hermanas laicas, de las personas que quieren vivir su compromiso cristiano.

Y esto lleva a la segunda pregunta: *¿Qué clase de cristiano quiero ser?* No podemos dar una respuesta a la vivencia del ministerio sacerdotal o de la consagración radical, si antes no respondemos “qué clase de cristiano quiero ser”, y esto vale para todos, porque la vocación fundamental es la de ser cristianos y cristianas. Hace ya casi tres años, en Aparecida, Brasil, ésta fue la pregunta que orientó nuestras reflexiones. Sobre todo en los encuentros que teníamos los obispos, constatábamos que en nuestras comunidades hay muchos bautizados y bautizadas, pero pocos y pocas son verdaderos discípulos de Jesús. Y por eso el tema fundamental de Aparecida fue “discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida”.

Estoy convencido de que el cristianismo en América Latina y en América Central está pasando por una profunda crisis. No es solo una crisis de la Iglesia como institución, sino que es mucho más profunda. Es una crisis de la vivencia de lo esencial cristiano. También en Guatemala tenemos el problema de la proliferación de grupos e iglesias donde se hacen grandes campañas, y como anzuelo

para traer a la gente se usa la curación de sus enfermedades, las campañas para sanar —y es increíble cómo muchas personas lo aceptan—. Cuando uno escucha lo que dicen esos predicadores, uno se pregunta: ¿cómo es posible que personas con un cierto sentido crítico puedan aceptar estas cosas, y sobre todo que las acepten como oferta de práctica religiosa? Guatemala se considera un país cristiano, de católicos y de no católicos. Somos doce millones de habitantes. Y estoy seguro de que en Guatemala el porcentaje de cristianos, hombres y mujeres, puede llegar al 98%. Personas que se declaren ateas explícitamente, que le digan a uno: “mire, yo soy ateo”, son raras. Es cierto que las hay, pero normalmente uno pregunta: “¿Tiene usted alguna religión?”, y la respuesta es: “¡sí!”. “¿Y cuál es su religión?”. Y la respuesta es: “Soy cristiano”.

Ahora se hace mucha diferencia entre cristianos cristianos y cristianos católicos, pero eso es una manera de presentar la verdad a medias. El problema es que si tenemos 98% de personas cristianas, no puedo entender que haya 16 homicidios, asesinatos, diarios; 49% de niños de uno a cinco años de edad desnutridos crónicamente; 59% de niños indígenas desnutridos crónicamente. Tampoco puedo entender que Guatemala ocupe el tercer lugar en América Latina en los niveles de exclusión social y de desigualdad en el ingreso del producto bruto interno y en la distribución del mismo. La gran pregunta es: en este país tan violento, tan impune, tan racista, tan discriminatorio, tan desigual, ¿cómo es posible que el 98% se consideren cristianos? Estamos tocando el tema fundamental: ¿qué clase de cristiano soy? Si alguien decide escoger la vocación a la vida sacerdotal o a la vida consagrada y no se hace antes esa pregunta, entonces no se planteará qué clase de cristiano quiere ser. Para quien opta por el sacerdocio y la vida religiosa es la pregunta fundamental.

Y si nos preguntamos qué quiere decir ser buen pastor en los tiempos actuales, me remito al número 131 del documento de Aparecida: “Mire a Jesucristo y haga lo que Él hace”. Es la respuesta más simple, pero es la respuesta verdadera.

3. Demos un paso más. Quisiera concretar lo dicho con un poco de *la experiencia pastoral en San Marcos*. Yo tengo 21 años de ser obispo. A veces me parece que fue hace dos semanas y otras veces me parece que fue hace un siglo —depende del estado de ánimo y de los problemas que le vengan a uno—. Pero son 21 años que tengo de estar en la diócesis de San Marcos, una diócesis que ustedes no saben dónde está. Está en la frontera con Chiapas, cerca de la ciudad de Tapachula. Ahí vemos pasar cientos de hondureños y de salvadoreños que van al otro lado para poder tomar el tren que los lleve al norte, aunque ahora el tren está detenido en Tapachula y empieza de Arriaga para arriba, lo que hace que el flujo migratorio por ese lado disminuya, aunque no mucho. En conjunto, el flujo migratorio aumenta, porque la pobreza está empujando a mucha gente a buscar un destino mejor. Esa es la parte baja de la diócesis.

En la parte alta tenemos las etnias cipacapense, que ya mencionaba el padre Juan, y la etnia mames. Son dos etnias que viven en la parte alta, donde todo es montañoso, donde están las peores tierras, y las tierras que solo tienen vocación forestal. Las poblaciones indígenas están arrinconadas lo más lejos posible para que no molesten y no intranquilen la conciencia —“¡Que ahí vean ellos cómo sobreviven!”—. Y esto se repite desde hace 400 años. En el siglo XVI, el primer obispo de Guatemala, el obispo Francisco Marroquín, escribió una carta al rey de España diciéndole que prohibiera que los indígenas de la parte alta de Guatemala bajaran a la costa porque de tres que bajaban solamente regresaba uno. De los otros dos, uno quedaba muerto por las enfermedades y el otro moría en el camino de regreso. La historia se repite. Ya no mueren tantos, pero prosigue la migración de los indígenas de la parte alta de San Marcos a la zona de las fincas cafetaleras, bananeras y de las fincas de Chiapas. Es la historia de cada día, y uno se siente interpelado.

Brevemente, la diócesis de San Marcos tiene un territorio de 4,000 kilómetros cuadrados con casi 900,000 habitantes, 40 sacerdotes y 68 religiosas, muchísimos laicos y laicas comprometidos en la pastoral. Esa es una de las riquezas de la diócesis de San Marcos, laicos y laicas ejemplares en su compromiso, en su servicio y entrega a las comunidades. Cuántas veces no me ha tocado decirle a alguien: “Mira, fíjate que esta noche me invitaron para que yo fuera a la aldea tal para poder hacer una predicación”. Y es que las celebraciones, los aniversarios, por ejemplo, son frecuentes, porque es un momento de encuentro. La vida es tan dura día tras día que en estas aldeas ellos mismos dicen: “¡Vamos a celebrar!”. Son personas que ya no toman trago, que ya no bailan. Y por eso dicen: “¡Vamos a tener una fiesta espiritual!”. Pero en el fondo es un escape a la situación de sufrimiento diario, siempre lo mismo, trabajo, trabajo, trabajo.

Entonces, cuando me tocaba ir a una de estas predicaciones y de repente me surge una emergencia, voy con algunos que conozco y les digo: “Mira, fíjate que esta noche tengo una predicación en tal lugar a las ocho”. Se lo estoy diciendo a las dos de la tarde, y es gente que vive de su trabajo, un pequeño negocio o su pequeña parcela. “Muy bien”, me dicen. “¿Y dónde es la predicación?”. “Pues en tal lugar. Necesitas irte a las cinco porque son tres horas de camino”. “No tenga pena”, me dicen. “Monseñor, no se preocupe, yo voy”. “¿De veras vas?”. “Sí, sí. No se preocupe, yo voy”. Eso a mí me impacta porque no ponen condiciones, ninguna condición. Dicen: “Yo voy porque se trata de anunciar el Evangelio de Jesucristo”.

Esa es una de las riquezas de la diócesis de San Marcos. Sin ese laicado yo no sé qué haríamos nosotros. Es una diócesis en que se concentran todos los problemas de Guatemala: pobreza, explotación de la mano de obra, latifundios, minifundios en la parte alta, impunidad, injusticias. Y sufrió muy fuertemente el conflicto armado, porque en esa región nació una de las cuatro fracciones

guerrilleras —el ORPA se desarrolló en San Marcos y ahí tuvo todo su campo de acción—. Entonces, ustedes se pueden imaginar la represión que hubo en esa región. Yo llegué a San Marcos en el mes de febrero de 1989, y en el mes de septiembre ya contabilizábamos 22 personas desaparecidas. Jamás se supo qué había pasado con ellos. Este es el ambiente.

4. Volvamos a nuestro tema. El número 131 de *Aparecida* dice: “El llamamiento que hace Jesús, el Maestro, conlleva una gran novedad”. Y la explica con estas palabras que citamos en lo fundamental. En la Antigüedad, los maestros invitaban a sus discípulos a vincularse con algo trascendente, una doctrina, una tesis... y los maestros de la ley les proponían la adhesión a la Ley de Moisés. *Jesús invita a encontrarnos con Él*. No es una idea. No es una tesis. No es algo trascendente. Es alguien. Eso es muy importante. Y para que nos vinculemos estrechamente a Él porque Él es la fuente de la vida y sólo Él tiene palabras de vida eterna. Pronto, los discípulos descubren dos cosas en confrontación con otros seguidores de otros maestros. Primero, que no fueron ellos los que escogieron a su maestro. Fue Cristo quien los eligió. Y, en segundo lugar, que no fueron convocados para algo —purificarse, aprender la ley—, sino para alguien. Elegidos para vincularse íntimamente a su persona. Jesús los escogió para que estuvieran con Él y enviarlos a predicar. Para que lo siguieran con la finalidad de ser de Él y formar parte de los suyos y participar de su misión. Esto no se refiere a los pastores, sino que se refiere a los cristianos en general porque estamos hablando del discipulado, y los bautizados somos discípulos y discípulas. “El discípulo experimenta que la vinculación íntima con Jesús en el grupo de los suyos es participación de la Vida salida de las entrañas del Padre, es formarse”.

Y esto es lo que me interesa recalcar: es formarse para asumir su mismo estilo de vida y sus mismas motivaciones. Ese es el discipulado: asumir el estilo de vida de Jesús y asumir las motivaciones de Jesús, correr su misma suerte. Monseñor Romero siguió la suerte de Jesús. Los mártires de la UCA siguieron la suerte de Jesús, porque Jesús terminó crucificado. Correr la misma suerte y hacerse cargo de su misión de hacer nuevas todas las cosas. Sin esta convicción fundamental no se puede ser buen pastor. Y esto lo digo por mi experiencia personal. A veces, nosotros, sacerdotes, creemos que por ser sacerdotes no estamos obligados a ser cristianos. Parece contradictorio, ¿no?

Sólo les pongo un ejemplo sin ánimo de juzgar. Simplemente, son hechos. ¿Qué piensan ustedes de una parroquia en la que, cuando la gente entra, en la oficina parroquial el párroco ha escrito un texto donde dice: “Aquí no aceptamos migrantes”? Es histórico, no es mentira, aunque a veces no hace falta escribir “no aceptamos migrantes”, pues en la práctica puede ser que no los aceptes. Una de las dificultades que tenemos en el tema de las migraciones es lograr sensibilizar a los cristianos y cristianas en general, incluidos sacerdotes y también nosotros, obispos, en el tema de que en el migrante está presente Jesús.

Me encanta el texto del Apóstol Santiago: “Si ustedes están reunidos y de repente entra alguien, sucio, roto, que huele mal —bueno, eso no lo dice Santiago, eso lo añado yo—, que va todo barbudo, los tenis rotos porque a saber desde cuándo viene caminando, ¿qué es lo que ustedes hacen?”. Según Santiago, los reunidos le dicen: “Siéntese hasta allá atrás, hermano, por favor, hasta allá atrás”. “Ah, prosigue Santiago, pero si entra alguien bien vestido, con anillos en las manos y con ropas elegantes, ustedes le dicen: ‘Por favor, hermano, véngase hacia aquí adelante, este es su lugar’”.

¡Qué difícil es descubrir a Cristo Jesús en los migrantes! Hace años, con un hermano campesino —somos amigos, no hermanos solamente— nos invitaron a ir a Alemania, porque hay allá una organización campesina que quería relacionarse con otra organización campesina de San Marcos. Llegamos al aeropuerto de Frankfurt y nos tocó pasar por migración. Yo iba adelante, con alzacuello, y pasé. Después, seguí para recoger el equipaje, y en eso volteé a ver y él no venía. Me quedé esperando, pasaron diez, quince, veinte minutos, y él no salía. Entonces, me acerqué a alguien para que me dijera qué pasaba y no me supieron decir nada. Tuve que salir porque ya nos estaban esperando fuera, y les expliqué: “Miren, ahí atrás se quedó el hermano campesino, no sale. Ustedes vayan a averiguar. Ustedes son alemanes, hablan alemán, vayan a ver qué pasa”. A los treinta y cinco minutos lo sacaron. Entonces, yo me quedé pensando: ¿por qué lo detuvieron? Porque vieron su aspecto. No iba con traje como yo. Lo vieron una persona bastante sencilla.

Saber descubrir en el otro al ser humano igual a mí, y, desde la fe cristiana, descubrir en el otro a Cristo presente, eso es una piedra de toque para llegar a descubrir hasta dónde tú eres discípulo de Jesús y hasta dónde tú asumes el estilo de Jesús. No olvidemos eso en el caso de los sacerdotes. Si un sacerdote, un obispo, hace acepción de personas no solo va a escandalizar a los que tienen sensibilidad, sino que sobre todo va a herir profundamente el alma y el espíritu de aquellos que son discriminados. Y la discriminación no es solamente, como en el caso de Guatemala, que te digan: “Sos indio, sos terco como un indio”, una frase que uno muchas veces escucha. Allá en Guatemala utilizan otra expresión, dicen: “Sos jashto”. No sé de dónde viene la palabra “jashto”. Pero “jashto” quiere decir que “sos indio, no vales nada, sos terco”. “Sos terco como un indio”. ¿Qué hay en el fondo de estas palabras? Un espíritu racista y discriminatorio.

Hay que asumir, pues, el estilo de Jesús para ser sus discípulos y para ser sus seguidores. Por eso la respuesta a la llamada del discipulado —partiendo de lo básico, para aplicarlo después a la vida sacerdotal— exige entrar, como dice Aparecida, en la dinámica del buen samaritano. Nos lanza el imperativo de hacernos prójimos, especialmente con el que sufre, y de generar una sociedad sin excluidos, siguiendo la práctica de Jesús que come con publicanos y pecadores. “Mira, Zaqueo, bájate de ahí. Hoy voy a comer en tu casa”. El Evangelio dice

que Zaqueo bajó rápidamente. ¡Cómo no iba a hacerlo, si lo que quería era encontrarse con este personaje del que tal vez había escuchado hablar o decir cosas! Como él era chaparrito, chiquito, se había subido al árbol, pues no podía mirar a Jesús. Bajó rápidamente. Y cuando Jesús está ya en la casa de Zaqueo, ocurre lo que dice el Evangelio. Zaqueo se levanta y dice a la gente: “Miren”, bueno esa es la interpretación que yo hago, no el texto del Evangelio, “miren, yo he sido un ladronazo de primera. Yo he sido un corrupto. Yo le he robado a la gente. Ustedes saben que yo, como publicano, les exijo el pago del impuesto a los invasores romanos, y de eso vivo. Ese es mi trabajo, eso es lo que tengo que hacer. Y, desgraciadamente, me quedo siempre con una parte de lo que les pido a ustedes, porque también tengo derecho a eso, porque es mi trabajo. Pero hoy les quiero decir: ‘Voy a devolverles cuatro veces lo que les he robado a quienes les he robado. Y de lo que me sobre, voy a partir la mitad para mí y la mitad para dárselo a los pobres’”.

Varias veces encontramos en el Evangelio la reacción de los fariseos ante lo que hace Jesús, como cuando se deja tocar por una mujer prostituta. Nosotros en la diócesis tenemos un programa de atención a las mujeres en el mundo de la prostitución. Hay una comunidad de religiosas que cada semana van a visitar los bares del pueblo donde están las muchachas para encontrarse con ellas, y van en la mañana porque en la noche ya están ocupadas. Y claro, en esa parroquia, cuando comenzamos esto, hubo escándalos. “¿Cómo es posible que una religiosa entre en una casa de prostitución?”. Y en algún caso, a alguna de ellas —porque es joven y no fea— alguno se le acerca y le dice: “¿Estás lista para venirte conmigo?”. “No. Mire, señor, yo soy religiosa, yo estoy trabajando aquí con las mujeres”. Y a alguna de ellas eso le ha dado ocasión para decir al hombre: “¿Usted qué viene a hacer aquí? ¿Por qué se viene a aprovechar de ellas?”. Hace su trabajo de evangelización.

Y cuando la prostituta toca a Jesús, ¿qué es lo que dice el fariseo? “¿Cómo es posible que si éste es profeta se deje tocar por esta mujer?”. El Evangelio de ayer a mí me encanta porque refleja, por un lado, la misericordia infinita de Dios hacia la persona, hombre o mujer. Y, por otro lado, el Señor le devuelve la dignidad a la mujer cuando se queda solo con ella y le dice: “¿Dónde están los que te condenan?”. Como ahora estamos en la asamblea del SICSAL, Servicio Internacional Cristiano de Solidaridad con los pueblos de América Latina, el día de ayer, haciendo un poco el recuento de las amenazas globales que tenemos, se hablaba mucho del feminicidio. El año pasado hubo un encuentro en Colombia sobre este tema, en el que participó gente del SICSAL. Y una de las hermanas o amigas que estaba allí en la asamblea, cuando ayer hacíamos la reflexión en la misa, nos decía: “Es interesante que el Señor Jesús haya puesto en evidencia que el pecado no era solamente de la mujer, como decían los hombres, sino que el pecado era de dos. No habría adulterio si no hubiera habido un hombre, de

manera que el Señor no solamente le devuelve la dignidad a la mujer, sino que también les echa en cara a los hombres su hipocresía". Y a mí me gusta repetir esto porque es verdad. Ustedes saben que en español decimos: "¡Qué viejo verde!", cuando nos referimos a hombres ya grandes que se aprovechan de las jóvenes o también de mujeres más o menos de una cierta edad, y ellos ya están muy pasados en edad. Por eso me gusta reafirmar lo que dice san Juan, que los primeros que se fueron cuando el Señor dice "¡el que de ustedes esté sin pecado que tire la primera piedra!" fueron los más viejos. Los viejos verdes.

5. Y entramos al tema que ya tiene que ver con nosotros, sacerdotes. *Un buen pastor debe tener el modo de ser, el estilo de Jesús, la madurez del buen pastor para tratar con mujeres y hombres.* No tiene que tener vergüenza de acercarse a los considerados pecadores o pecadoras. Es mucho más fácil enfocar este problema desde la sexualidad, como si la fuente del pecado solamente fueran las mujeres. Pero no es así.

Empecemos por un tema que se discute muchas veces: *el tema del celibato* en la Iglesia católica de Occidente, porque la de Oriente permite la ordenación de hombres casados. El tema sigue. Yo he participado en dos grandes asambleas, en la especial del Sínodo de América y en Aparecida, Brasil. Para nada salió el tema del celibato. No se habló claramente sobre la situación de sacerdotes, de religiosos, hombres, que es lo que más se da, que no han tenido una formación humana que les posibilite vivir el celibato de una manera alegre, gozosa, realizada, plena, y que les capacite de verdad para relacionarse con hombres y mujeres del mismo modo. Estamos tocando el tema de la formación en la madurez afectiva. Y estoy convencido de que tendrán que pasar 25 años hasta que pueda ser discutido.

En las dos asambleas en las que he estado, cuando algunos obispos han sacado el tema, inmediatamente vino la reacción: "No, no. Ese tema no, porque ese es un tema que hace sufrir al Santo Padre". En el Sínodo de América eso lo dijo un obispo. En el grupo de obispos en el que yo estaba, un obispo comenzó la discusión. "Miren, estamos hablando mucho de la necesidad de la celebración de la eucaristía. Yo vengo de una región extensísima en donde hay comunidades que solamente pueden tener la celebración de la eucaristía una vez al año. ¿Y por qué no se le encuentra una solución ordenando hombres casados?". Inmediatamente, salió uno y después otro. "Ese tema no, porque ese es un tema que hace sufrir al papa". Y ahí se terminó la discusión porque, claro, uno de los que intervino era un cardenal, y ante un cardenal, desafortunadamente, muchas veces los obispos perdemos nuestra libertad.

Y esto tiene que ver con la capacidad de poder tratar con hombres y mujeres, pecadores y no pecadores, justos o injustos. Muchas veces me he puesto a pensar que si se me apareciera monseñor Gerardi, me daría un poco de miedo al principio, pero después le preguntaría: "¿Quién lo mató, monseñor? ¡Dígamelo,

por favor, porque todavía existe una nebulosa!”. ¿Pero qué haría yo si supiera quién fue el asesino de monseñor Gerardi? Si quiero ser pastor al estilo de Jesús, tendría que preguntarme qué haría Jesús ante los asesinos que han masacrado a tantas personas en Guatemala. Aquí hay que tener mucho cuidado, y así lo hemos dicho los obispos, pues no hay que confundir perdón con impunidad ni exigencia de justicia con reconciliación. Ese fue uno de los grandes méritos de monseñor Gerardi: recordar que la verdad duele pero es saludable. Y ese es uno de los problemas que tenemos en Guatemala. A mi juicio, Guatemala es una sociedad herida profundamente. Todavía no hemos logrado llevar a la población guatemalteca a hacer un profundo examen de conciencia y un análisis que permita descubrir cuáles son sus heridas para poder curarlas.

6. Y aquí entramos en otro tema que tiene que ver directamente con ser buen pastor. *El buen pastor no puede ser indiferente de ninguna manera al sufrimiento que hay a su alrededor*. Yo insisto en que no solamente no puede, sino que no debe. El buen pastor debe de ser aquel que se duele con el sufrimiento, el dolor que está a su alrededor. Eso supone una capacidad de descubrir y percibir dónde está el sufrimiento. Porque puede ser que a mi alrededor hay muchas personas que sufren, pero yo no tengo los ojos abiertos para contemplar ese sufrimiento. Ni siquiera tengo la sensibilidad para poder dolerme con lo que esas personas sufren.

Es verdadero el dicho castellano “ojos que no ven, corazón que no siente”. Y aquí está el gran peligro para mí como obispo, para un sacerdote, para cualquier comunidad religiosa y para cualquier cristiano. Como dice Samuel Ruiz: “Nosotros podemos ser peces dormidos”. Ese ejemplo lo puso él una vez, y le preguntamos: “¿Qué quiere decir eso de ser peces dormidos?”. Y él dijo: “Muy fácil: los peces, cuando están dormidos, tienen los ojos abiertos”. Entonces, decía, “no tenemos que ser cristianos peces dormidos”. ¿Qué es lo que le sucede a un sacerdote que no vibra, que no se compadece, que no reacciona ante el sufrimiento? Puede ser por varias razones. Pero puede ser que no quiera, y cierra sus ojos para no ver y encerrarse en su pequeño mundo donde no le falta nada y donde está muy tranquilo, porque es muy fiel en el cumplimiento de sus obligaciones, reza el breviario todos los días, celebra la eucaristía, hace su meditación y hace su *lectio* divina cada día. Pero cuando llegan a tocar la puerta y alguien dice: “Quisiera hablar con el padre”, se le dice: “Ah, ahorita ya no es hora de oficina. La hora de oficina es de las ocho a las doce, y ahorita son las doce y cuarto. Usted llegó quince minutos tarde. Venga a las tres”. Y la secretaria dice: “Venga a las tres, porque el padre tiene que hacer su siesta. Si no la hace, se desequilibra y entonces va a perder todo el equilibrio psicológico que necesita para poder trabajar el resto de tres horas que le quedan en la tarde. A las seis, la oficina se cierra, porque ha trabajado mucho todo el día”.

Estoy exagerando, indudablemente, pero es una manera de decir las cosas. Y es que hace meses tuve una discusión con un sacerdote sobre este tema. Él me decía: “Usted, como obispo, tiene que ser administrador. Tiene que saber administrar, tiene que tener los archivos de la curia bien ordenados, las escrituras de las posesiones de la Iglesia bien ordenadas”. “No, no, un momento”, le dije. Ahí sí me molesté. Normalmente, no reacciono así, no grito tan fácilmente, por mi carácter, no por virtud. Pero esa vez sí me molesté. “Cuidado”, le dije. “Mira, yo antes que nada soy obispo, y obispo para mí quiere decir esto y esto. Y lo último que pongo en la lista de mis responsabilidades como obispo es la administración. Y gracias a Dios, la diócesis no tiene bienes, porque no quisiera perder mi tiempo viendo este alquiler de esta casa, el alquiler de aquel local”. Indudablemente, uno tiene que administrar lo poco que tiene para salir adelante en las necesidades, pero no debe ser la prioridad.

Es el tema de la insensibilidad ante el sufrimiento. Un pastor que no se conduela con el que sufre no es pastor al estilo de Jesús. Jesús lloró cuando vio que la gente, su propia gente, no lo quería aceptar, lloró sobre Jerusalén, lloró por su amigo Lázaro. ¿Cómo es posible que no reconozcamos —siendo nosotros obispos o sacerdotes— que somos seres humanos, que tenemos sentimientos, y que uno de los sentimientos que debe de prevalecer en nuestra vida es el sentimiento de la compasión? ¿Por qué será que a veces ya no creen en nosotros muchos fieles? Una respuesta es que muchas veces les hablamos solo con palabras y no con el corazón. Y eso es fruto a veces de una equivocadísima formación que recibimos: ¡Usted tiene que reprimir sus sentimientos! ¡Usted no tiene que demostrar lo que siente! ¡Usted tiene que ser como una esfinge que no se sabe lo que piensa, y menos lo que siente! Y entonces ¿cómo vamos a hacer sentir a las personas que las queremos?

Es muy fácil querer a los que nos hacen el bien, dice Jesús. Es más difícil querer a los que nos hacen el mal. Es mucho más fácil que yo me sienta muy agradecido con alguien que me invita cada semana a su casa a comer y que prepara una comida excelente en una casa muy elegante. Es mucho más fácil querer a esa persona que querer al hermano campesino que me invita, que me hace entrar en su rancho con piso de tierra, un solo cuarto de láminas que en las mañanas gotea por el frío que cae y en donde está un catre aquí y otro allí y otro allí, porque son ocho y sólo tienen ese espacio.

Una hermana religiosa venida de Brasil visitó una finca en San Marcos y me dijo: “Monseñor, jamás me había pasado lo que me pasó”. “¿Y qué fue, hermana?”. “Pues que fui a una finca, me llegó la noche y ya no encontré transporte para regresar. Entonces, una de las familias me invitó para que me quedara a dormir ahí”. “¿Y qué le pasó, que nunca le había pasado?”. “Mire, monseñor, yo nunca había dormido cerca de un cerdo y de tres gallinas”. “Hermana”, le dije, “eso no es nuevo para mí”. Y le conté cómo una vez me había tocado llegar a una

aldea en las faldas del volcán Tajumulco, que es el volcán más alto de América Central, y la gente me dijo: “Monseñor, aquí se va a quedar a dormir porque ya es tarde”. Era el tiempo del conflicto armado y era peligroso moverse. “Está bien. Con mucho gusto”. Y claro, me llevaron a una habitación un poco más grande de la que esta hermana me decía, y los esposos me dieron su cama porque yo era el obispo. Me dieron su cama, y eso uno lo agradece porque es cariño. Y nos acostamos. Ahí se quedaron los hijos y allá los esposos. Eran las dos de la mañana —me recuerdo muy bien porque vi mi reloj— cuando sonó el canto de un gallo. Yo me asusté y traté de ubicarme dónde estaba. Otra vez cantó el gallo, y entonces ya me di cuenta que el gallo estaba debajo de mi cama. Ese era el lugar donde dormía el gallo. Al día siguiente, era cosa de chiste. Y yo les decía: “¿Cómo se les ocurre poner un gallo allí? ¿No dicen que viene la comadreja y se lo puede comer?”.

El buen pastor —no lo digo porque yo lo haya hecho esa vez, pues ya no lo he vuelto a hacer— tiene que tener esa capacidad de hacer sentir que ama a la gente, que la quiere, no por intereses —como dice muy bien el Apóstol Pedro—, no por buscar ganancias, sino que de veras es amor pastoral. Es mucho más fácil que alguien me invite a ir a su casa lujosa con una cena cada sábado y que yo piense: “Ah, estoy evangelizando a los ricos”. También hay que evangelizarlos, pero diciéndoles: “Mire, hermano, usted tiene tanto que tiene que repartir un poco de lo que tiene. ¡Comparta!”. Si vas con esa intención, perfecto. Pero es mucho más difícil llegar a estos ambientes de pobreza en donde muchas veces las personas, por falta de educación formal, por falta de una familia integrada, ni siquiera le dan a uno las gracias por lo que uno hace. Y entonces hay que entender que uno va a hacer las cosas no porque se lo agradezcan, sino porque ama a la gente. ¿Qué quiere decir ser buen pastor? Muy sencillo: ¡Ame a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todo el ser y con toda la inteligencia! Y ame a su prójimo como a usted mismo. Va a ser un excelente pastor.

7. *El Señor es el que llama* al ministerio sacerdotal, a la vida del matrimonio, a la vida consagrada. Y en el Evangelio de Juan, Jesús dice a los Apóstoles: “A ustedes ya no los llamo mis sirvientes, sino mis amigos, porque ustedes saben —yo les he dado a conocer— los misterios del Reino. Por eso ustedes son mis amigos”. Y yo me pregunto: para nosotros, sacerdotes y obispos, ¿cuál puede ser el indicador para verificar si somos de veras amigos del Amigo, con mayúscula? Y la respuesta que encuentro es esta: si soy amigo de los amigos y amigas preferidos de Jesús, entonces de veras voy a ser amigo de Él. Y entonces viene una segunda pregunta: *¿Y quiénes son los amigos y amigas preferidas de Jesús?* Y la respuesta la encontramos en el Evangelio: los pobres, enfermos y enfermas, prostitutas, encarcelados.

Los dos últimos años he trabajado en la pastoral penitenciaria en Guatemala. Cuando uno va a esas cárceles guatemaltecas... Yo fui a una que le llaman

“el infiernito” no solamente porque hace mucho calor —está en la zona de Escuintla—, sino porque tienen allí a los reos más peligrosos que ustedes se puedan imaginar: asesinos, secuestradores, y no asesinos de una persona, sino de 14, de 16 personas. Cuando uno llega a esa cárcel, la pregunta que se hace después de saber lo que hicieron es esta: ¿Son estos de veras hijos e hijas de Dios? Sobre todo cuando después, tal vez uno platica con alguno de ellos: “Yo no estoy arrepentido. Yo asesiné a fulano, asesiné a este, asesiné a aquel, y si tuviera que volver a hacerlo, lo vuelvo a hacer”. Entonces, uno se encuentra con el drama de la libertad humana que se puede orientar tanto al bien como al mal.

¿Pero quiénes son, entonces, estos amigos de Jesús? Los encarcelados también. “Yo estuve en la cárcel y me fuiste a visitar”. Los migrantes —ya he hablado un poco de ellos—. Cuántas veces llegan allá a la Casa del Migrante en la Ciudad de Guatemala, donde Mauro es el responsable. Llegan a tocar y dicen: “Mire, necesitamos que nos den alojamiento”. “Bueno, tres días pueden quedarse aquí para dar oportunidad a otros. Aquí hay agua para que se bañen, comida para que coman, un poco de ropa si necesitan, zapatos si necesitan...”. Pero ¿cuál es la primera reacción de uno ante un migrante? “Ah, este es un ladronazo. A saber qué hizo”. Y hay casos de migrantes que son ladrones, es cierto, pero no son la mayoría. Uno también percibe inmediatamente cuándo alguien es una persona honrada que está metida en la migración por la necesidad.

Esos son los amigos preferidos de Jesús. No lo digo yo, lo dice Él. Si yo quiero ser pastor, tengo que asumir el estilo de vida de Cristo. Los marginados por la sociedad, los pecadores y pecadoras, los explotados por cualquier sistema económico, sea el que sea. Y como decíamos en Aparecida, los sobrantes, los desechables. Esa frase la usamos en Aparecida cuando escribimos el número 65: “Nosotros debemos contemplar los rostros de quienes sufren si queremos realmente promover una globalización diferente que esté marcada por la solidaridad, por la justicia y por el respeto a los derechos humanos”. Para poder lograr una globalización de la solidaridad tenemos que contemplar los rostros de quienes sufren. Y no solamente contemplarlos, sino actuar en favor de ellos: comunidades indígenas y afroamericanas, mujeres excluidas en razón de su sexo, raza o situación socioeconómica, jóvenes que reciben una educación de baja calidad, pobres, desempleados, migrantes, desplazados, campesinos sin tierra.

Guatemala jamás ha tenido una reforma agraria. Por razones personales, y por convencimiento, es una de las luchas en las que quisiera involucrarme más. Para mí es como un sueño que llegue a haber una reforma agraria en Guatemala. Pero a veces cuesta convencer a algunos pastores que la reforma agraria es un instrumento necesario para cambiar las estructuras que generan injusticia y pobreza en el país. Y eso es a veces un poco decepcionante, sobre todo cuando uno sabe que la mayoría de nuestros sacerdotes vienen de familias campesinas.

Saben lo que ha significado para ellos ir a cortar el café en las fincas, pasar hambre, mojarse porque llueve y hay que trabajar.

Los explotados, los hermanos y hermanas campesinos, niños y niñas sometidos a la prostitución infantil. Yo creo que la Iglesia católica nunca hará lo suficiente para pedir perdón por todos los casos de abusos de menores. Es una herida muy profunda que la Iglesia va a tener que ir sanando y curando no solamente pidiendo perdón, sino buscando otras maneras para asegurar que realmente estamos en un proceso de conversión y en un proceso en el que la justicia tiene que prevalecer.

Niños víctimas del aborto, millones de personas y familias que viven en la miseria, dependientes de las drogas, personas con discapacidades, enfermos de VIH-sida, los que sufren la soledad, ancianos... Es el número 65 de Aparecida: los rostros de los que sufren. El pastor que no sepa descubrir en ellos la presencia de Jesús, que no sepa contemplar el rostro de Cristo en estas personas sufrientes, que no se plantee qué clase de cristiano es, no se plantea qué clase de discípulo es. Estamos llamados a ser pastores, no mercenarios. Jesús lo dice claramente en el Evangelio de Juan, en el capítulo 10: "El buen pastor da la vida por sus ovejas". El mercenario, el asalariado, no. Dispuestos a dar la vida por el rebaño que nos ha sido confiado, ponernos en la primera fila, sin condiciones, sin temores, sí, sin temores, porque el Señor ha dicho: "¡No tengas miedo, yo estoy contigo!". Aunque uno en el fondo siente miedo, ¿verdad? "¡Pero no tengas miedo, yo estoy contigo!".

Una profunda y total entrega de nosotros mismos hasta hacernos pan partido para los hambrientos y agua fresca para los sedientos. Qué triste cuando un fiel viene donde uno y le dice: "Mire, monseñor, fíjese que fui a buscar al padre fulano. Tenía necesidad urgente de que él me escuchara. Estaba pasando por un momento muy serio, muy difícil. Y llegué con el padre: '¿Padre, pudiera usted ser tan amable de atenderme?'. 'Ah', dice. 'No, no, ahorita no puedo porque tengo... ¿Por qué no regresa dentro de tres días?'. 'No, no padre, es que es algo urgente'. 'Mire, ahorita no puedo'. Sí podía, pero dice: 'No puedo, regrese dentro de tres días'". Entonces, este fiel me dice: "¿Para qué voy a regresar dentro de tres días si yo necesitaba en ese momento que el padre me hubiera escuchado siquiera cinco minutos? Era lo único que yo necesitaba". Por lo tanto, la entrega de uno mismo. El pastor no solamente lava los pies a sus hermanos y hermanas, sino que entrega su existencia de modo radical en favor de los demás. No se trata solo de ser pacientes, amables, generosos, altruistas, buenos contadores de chistes para estar alegres. No se trata solo de eso. Eso está bien, porque la risa es remedio infalible y ayuda. Cuando el sacerdote cuenta un chiste alegre a la comunidad. Pero es mucho más: morir cada día, momento a momento en favor de los otros.

8. Yo creo que *todo esto se lo tenemos que decir con mucha claridad a los seminaristas*: “¿Ustedes quieren ser pastores? ¡Esto es lo que les espera! No tienen que querer ser sacerdotes porque, una vez ordenados, ‘voy a tener mi carro, voy a tener mi aparato de televisión, voy a tener mi computadora, voy a tener todo...’. Mira, ¿tú de dónde vienes? Yo conozco de dónde vienes. Sé quiénes son tus papás. Sé que tu papá se gana la vida cada día con esfuerzo. ¿Por qué estás pensando que ser sacerdote es para cambiar estatus de vida? Si lo haces por esa intención, ¡ándate mejor! Así no”. Seamos menos, pero de calidad, y no un montón, de solo cantidad. Ahí está el reto de un obispo antes de ordenar, de imponer las manos, a un sacerdote. Yo se las impuse a Manfredo y estoy seguro que él anda bien, y no me va a hacer quedar mal aquí, delante de todos.

El buen pastor es servidor, no somos ni jefes ni caciques. Es triste, pero en Guatemala se usa esta frase: “No hay peor cuña que la del propio palo”. Y es verdad. Uno a veces descubre que sacerdotes que vienen de comunidades indígenas se vuelven caciques con sus propias comunidades, olvidan que son servidores, imponen, mandan, son autoritarios, no fomentan el diálogo. Si el papa Pablo VI dijo que el diálogo es el arte de la comunicación, ¿por qué no dialogas? “No, yo aquí soy el párroco. Yo aquí soy el que manda”. ¿Consejo pastoral? “¡Ustedes solo tienen que hacer lo que yo aquí mando!”. Pero si no te formamos así en el seminario. Te formamos para que fueras hombre de diálogo, que escuches. Estás peor que los presidentes de la república que ya no oyen el clamor de la gente. Estás peor que los diputados del Congreso a quienes les vale lo que la gente les dice. Dialogantes, respetuosos de las diferencias. Me encanta esta frase de monseñor Romero: “El pueblo me enseña”, algo así es la frase.

Y claro, tenemos que ser promotores de la justicia, de una nueva sociedad. Pero eso nace cuando, como muy bien decía monseñor Romero, el sacerdote, el obispo, tiene la conciencia de comprometerse más y más para asimilarse más y más a Jesucristo. Leí esa frase que él escribió en uno de sus retiros espirituales. “Tengo que poner atención en irme haciendo más y más conforme a la imagen del Señor”. No es la frase exacta, pero esa era la idea: transformarme más y más para vivir la radicalidad del Evangelio. Porque somos pastores, no somos mercenarios.

9. En Aparecida también dijimos cosas fundamentales para los que queremos ser pastores, sobre todo en el tema de *la opción preferencial por los pobres*. En el tema 8 del documento de Aparecida, “Reino de Dios y promoción de la dignidad humana”, escribimos lo siguiente, en el número 396: “Eso es una responsabilidad y un compromiso que tomamos. Y ahora nuestro esfuerzo es tratar también de que los sacerdotes, nuestros hermanos, nuestros amigos, nuestros colaboradores vivan de esa manera. Nos comprometemos a trabajar para que nuestra Iglesia latinoamericana y caribeña siga siendo con mayor ahínco compañera de camino de nuestros hermanos más pobres incluso hasta el martirio”.

No sé si caímos en la cuenta de lo que escribimos y firmamos, pero ahora está escrito y firmado. Queremos ratificar y potenciar la opción del amor preferencial por los pobres hecha en las conferencias anteriores: Medellín, Puebla, Santo Domingo. Que sea preferencial implica que debe atravesar todas nuestras estructuras y prioridades pastorales. Por eso ustedes se han fijado que en el mensaje que mandó Pedro Casaldáliga dice “mística y política”. Ahí está. Si te metes en la política, en la búsqueda del bien común, excelente. Pero si no lo haces desde la mística, no vas a ser constante, vas a ceder muy fácilmente a las tentaciones del poder, del dinero, del quedar bien... Pero si lo haces desde la mística, vas a llegar a ser mártir como monseñor Romero. Ese va a ser tu destino en estos países, así que prepárate. Bueno, de repente no, porque Dios no quiere eso para ti, pero es posible que sea así.

10. ¿Cuáles son, a mi juicio, *las dificultades para ser buen pastor*? Primero. Lo decía muy bien el papa Benedicto XVI en el mensaje cuaresmal. El primer obstáculo es la autosuficiencia: “No necesito de nadie. Yo lo puedo arreglar todo”. También el buen pastor tiene que evitar el complejo de superioridad y el complejo de inferioridad. Eso tiene que ver con la madurez humana.

Otra dificultad es el aislamiento. Cuando el sacerdote no se integra en su presbiterio, cuando no se integra en la comunión de la comunidad, cuando no trata a las hermanas religiosas como hermanas, cuando no trata a los laicos y laicas como su familia, se va aislando y va dejando de ser el buen pastor y se convierte en un individuo que lo que busca es hacer las cosas por sí mismo. Esto tiene que ver con la autosuficiencia, y no hay quien lo aguante. Claro que a veces tiene que ver con la soledad, sobre todo en las regiones aisladas, montañosas, donde la soledad muchas veces es mala consejera.

Otra gran dificultad para ser buen pastor es el ansia de “carrerismo”. Pienso que en la Iglesia habría que quitar los títulos porque son una gran tentación. “Monseñor aquí, monseñor allá, canónigo aquí...”. Gracias a Dios, en la nueva legislación de la Iglesia quedó la posibilidad de suprimir los capítulos de canónigos. En algunas diócesis lo hicieron, en otras no. Mejor hubiera sido eliminarlos de una vez, prohibirlos. Y en las que están, que desaparezcan. En Alemania o en Italia eso son palabras serias. “Voy a suprimir el consejo de los canónigos”, y le cae todo el mundo encima. Pero habría que preguntarse si por esa fisura no va entrando la falta de credibilidad en la Iglesia institucional. Dejarse llevar por el afán de carrera, ¡gravísimo!, ¡gran tentación! Y por eso habría que entrar a los cambios estructurales que la Iglesia necesita. Pero ni ustedes ni yo vamos a ver esos cambios, así que no vale la pena hablar de ellos. Sería gastar energías.

Y un gravísimo peligro, una gravísima dificultad. El pastor no va a ser buen pastor si en lugar de dejarse llevar por el Espíritu, trata de imponerse al Espíritu. Jesús dijo: “El Espíritu sopla donde quiere”. Y uno a veces se pregunta: “¿Señor,

qué es lo que quieres de mí?”. Y ahí entra el discernimiento espiritual, en lo que son expertos los jesuitas: hacer de la vida una realidad tal, que de veras busquemos siempre ajustarnos a lo que Dios quiere y no a lo que yo quiero.

El papa Benedicto XVI dice en el mensaje cuaresmal: “¿Cuál es el concepto de justicia en el Antiguo Testamento?”. Y señala que es doble. Por un lado, justicia quiere decir ajustar mi vida a la voluntad de Dios. Y, por el otro, tener un comportamiento de equidad hacia los más vulnerables, que en el Antiguo Testamento son los forasteros, los huérfanos y las viudas. Buscar en todo la voluntad de Dios para que sea Él quien aparezca y no yo.

Termino. El reto siempre va a ser escuchar: “Yo te llevo a donde quiero”. Y decir al Espíritu: “¡Llévame adonde Tú quieras!”. Y a veces los caminos de Dios son inexplicables.

Les agradezco su paciencia, de veras.

Pregunta. Monseñor, ¿qué se está haciendo en la diócesis de San Marcos en la lucha por la dignidad de la mujer y la igualdad de derechos?

Ramazzini. En San Marcos tenemos un programa que se llama “Pastoral de la mujer”, a cargo de una comunidad de religiosas y también de mujeres no consagradas. Como en Guatemala el machismo es muy fuerte, se hace el esfuerzo para que en el programa participen los esposos y así también ellos escuchen un poco lo que se les dice a sus esposas. También estamos reforzando mucho la pastoral juvenil. En el caso de lo social, lo económico y lo cultural, estamos tratando de revalorizar la dignidad de la mujer porque hay muchos casos de violencia doméstica, de abusos sexuales de familiares contra jovencitas, y hay también muchos casos de madres solteras. A nivel intraeclesial, tratamos de que haya participación de las mujeres en los ministerios laicos, ministras de la eucaristía, lectoras de la palabra de Dios, animadoras de las comunidades. Y también estamos insistiendo mucho en la participación más directamente política de las mujeres.

P. Nuestra Iglesia, como institución, necesita una gran reforma para lograr los objetivos de Aparecida. ¿Es Aparecida una utopía?

R. No, para mí no es una utopía. Indudablemente, va a exigir un cambio de mentalidad en nosotros, obispos y sacerdotes, que tenemos una mayor responsabilidad, y en un laicado también comprometido. Y va a ser un proceso que va a tomar sus años. Pero no es una utopía, porque no estamos diciendo cosas exageradamente nuevas, ni imposibles. Sí hay todavía caminos por recorrer en Aparecida, sobre todo en el tema de cambiar estructuras eclesiales. Pero yo no considero que sea una utopía.

P. Monseñor, ¿qué mensaje nos deja al pueblo salvadoreño en el momento actual de crisis económica y social, de acuerdo al pensamiento de monseñor Romero?

R. Bueno, que pongan en práctica lo que él enseñó. Ahí está.

P. ¿Qué podemos hacer cuando un presbítero no deja actuar y no deja ejercer el discipulado a laicos y laicas?

R. Eso es muy grave. Si no deja crecer el discipulado, entonces ¿qué está haciendo? Se trata de que el sacerdote anime a ejercer el discipulado. Y si no ocurre, hay que acercársele y hacerle ver que su comportamiento no es el indicado pastoralmente. Los fieles laicos tienen el derecho, y la obligación, de hacer oír sus necesidades y sus inquietudes a nosotros, obispos y sacerdotes, de manera que no deben tener miedo de acercarse, aunque a veces algún sacerdote pueda hacer chantaje y decir: “Bueno, entonces me voy de la parroquia”. Que se vaya, si quiere irse, lo que de todas maneras no es decisión de él. Esa decisión no le toca tomarla a él, le toca al obispo. Pero sí creo que es importantísimo crear relaciones humanas transparentes, claras, francas entre fieles y pastores. Hemos olvidado mucho la aplicación del capítulo 18 del Evangelio de San Mateo: “Si tienes algo contra tu hermano, anda y háblale. Si no te hace caso, toma dos testigos. Y si no hace caso, díselo a toda la comunidad”. Creo que eso tenemos que aplicarlo mucho en las comunidades.

P. ¿Por qué dice usted que en la Iglesia deben quitarse los títulos, si nuestra sociedad los está pidiendo? Hoy en día nuestra sociedad no solo quiere que el sacerdote celebre misas, sino que ayude, por ejemplo, dando clases en universidades.

R. Aquí hay una doble consideración. Cuando yo hablo de títulos, estoy hablando de cualquier clase de títulos, y digo que deberían quitarse porque es una grave tentación para no ser pastor, sino asalariado. En ese sentido lo digo. Y lo digo también en el sentido de que no entiendo por qué yo tengo que acoplarme a lo que la sociedad pide cuando debería ser al contrario. La sociedad debe acoplarse a lo que el Evangelio pide. Y en el Evangelio no se habla de títulos. Se habla de servicio.

P. ¿Cuál es su opinión de los que insultaron al alcalde de San Salvador en la misa de conmemoración de monseñor Romero?

R. Yo diría que fue de muy mal gusto, de mala educación, porque, aunque a mí me caiga mal él o me caiga mal ella, tengo que respetarlo como persona. Y sobre todo si había personas del extranjero, da una muy mala idea de lo que es realmente el pueblo salvadoreño, es decir, un pueblo que respeta, que quiere, que es hospitalario, un pueblo que es amigable. Con esas actitudes lo único que hacen es que la gente que viene de fuera diga: “¿Qué educación les han enseñado aquí a los que han gritado?”.

P. Como pastor, ¿qué reto espera en la situación de la minería en San Marcos?

R. A corto plazo, lograr que en el Congreso de la República se haga una nueva ley de minería. A mediano plazo, lograr que la gente no pierda la fuerza y la energía en la resistencia pacífica que le estamos pidiendo, es decir, que perseveren en esa lucha de resistencia pacífica. Y a un plazo un poco más largo, que ya no tengamos estas minas en Guatemala, aunque muchos no están de acuerdo porque dicen que es fuente de dinero. Pero yo digo: “¿De qué nos sirve tener dinero si nos vamos a quedar sin agua?”. En ese sentido, no tiene razón de ser.

P. ¿Qué se puede hacer para que la formación que reciben en los seminarios los futuros presbíteros sea más afectiva, y se formen para acercarse más a las personas?

R. Primero, buscar formadores que realmente puedan formarlos en estas dimensiones. Yo creo que el tema de buscar formadores que lo hagan de veras por amor, por vocación, es fundamental. Y segundo, creo que es muy importante —en Guatemala, tengo que reconocer que todavía solo hemos hechos pequeños intentos— integrar más mujeres en los equipos de formación para que puedan tener ese contacto. Que no sean muy bonitas, porque eso a veces...

P. ¿Cómo tendrían que ser los seminarios para formar buenos pastores? ¿qué sugiere usted, concretamente?

R. Gracias por esa pregunta. Yo formo parte de la comisión de seminarios y eso me ayuda a revisar mis ideas. Yo creo que es muy importante tener un seminario donde se enfatice fuertemente una formación basada en la convicción, y no en recibir órdenes. No crear una estructura que proteja tanto a los seminaristas que cuando salgan cualquier airecito les dé gripe y después neumonía. Es decir, un seminario con un acompañamiento muy cercano y muy abierto a la realidad, donde los seminaristas hagan sus experiencias pastorales de tal manera que puedan tener contacto con el mundo real. Y que el seminario sea un poco el lugar desde donde, en la oración, en la reflexión, en el acompañamiento de los formadores o formadoras, se vayan analizando y profundizando las decisiones y las opciones. Si a mí me tocara regresar de nuevo a ser rector del seminario, no cometería errores que cometí en aquel tiempo. Cambiaría cosas que ahora, después de todos estos años de experiencia en el ministerio episcopal, me han llevado a decir: “No, eso no estuvo bien. Hay que cambiarlo. Hay que hacerlo de otro modo”.

P. ¿Cree usted que la Iglesia católica está realmente comprometida con la opción por los pobres, cuando vemos templos que para las comunidades muchas veces son majestuosos?

R. Aquí topamos con un problema que a veces es difícil de hablar con las comunidades. En el área rural, al menos en San Marcos, hay una idea de que la iglesia

no tiene que ser elegante, ni grande, aunque a veces entra el espíritu de competición: en aquella aldea tienen una iglesia de tantos metros, y nosotros vamos a duplicarla. A veces cuesta hacer entender a la gente que el valor de la iglesia está, sí, en la presencia de Jesús en el sagrario, pero también en la presencia de la comunidad, y que la comunidad tiene más importancia que la iglesia. Pero yo creo que si nosotros nos fijamos en tantos sacerdotes, que los hay, en tantas hermanas religiosas o religiosos que realmente viven la opción por los pobres, creo que las críticas de que la Iglesia no hace la opción por los pobres deberían de rebajarse muchísimo. Hay muchos y muchas que la están haciendo. Lo hacen de un modo silencioso, y de estas cosas no hay información porque los medios de comunicación no van a hablar de ello. Pero que hay una opción efectiva por los pobres en muchos sacerdotes, en muchos religiosos y religiosas, de eso estoy convencido.

P. ¿Qué piensa usted de que monseñor Romero está siendo politizado?

R. No me atrevería a dar una respuesta porque no estoy muy metido aquí en el ambiente. Pero hasta cierto punto es lógico que una persona que tuvo y sigue teniendo tanto liderazgo, tanto significado, tanta resonancia, pueda ser utilizada de un modo o de otro, según las conveniencias de quienes sean. Así ocurre con los liderazgos. Pero yo hablo en general porque, repito, no conozco bien la situación aquí.

P. ¿Cómo ser un buen pastor ante una formación que no es compatible con las raíces culturales indígenas?

R. Bueno, que se cambie el sistema de formación o que se vaya a otro seminario donde sí se dé esa formación.

P. Una última pregunta, monseñor, porque sabemos que usted tiene que viajar hasta Guatemala. ¿Usted se considera un buen pastor? ¿Por qué?

R. No, no. Yo no me considero un buen pastor. Me considero una persona que busca tratar de vivir el compromiso con coherencia. Más que considerarme un buen pastor me considero un buscador para tratar de ser un buen pastor. Eso sí.